



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18703

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 12 DE MARZO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El hambre y el Pisco

Restablecido el orden público en Valladolid, no se corre ya el peligro de agravar la situación en otras capitales españolas al decir que los sucesos de la ciudad castellana han tenido mayor gravedad de la que se conoce por los telegramas publicados. Según noticias fidedignas, con las armas procedentes del saqueo de una tienda, la multitud hizo frente durante cerca de dos horas á la Guardia civil, y en ese tiempo fué asaltado un almacén de harinas y repartidos los sacos entre los sediciosos. Del choque ha resultado mayor número de muertos y heridos del que se tiene noticia, y la desesperación que en su ataque han evidenciado los obreros sin trabajo, es objeto de las mas hondas preocupaciones en toda Castilla.

Y lo grave es que lo sucedido en Valladolid puede acontecer el mejor día en cualquiera otra de las ciudades españolas. La situación es la misma en todas ellas. No hay trabajo. Las industrias estan en crisis. Las obras de edificación se han paralizado. La situación se complica por el encarecimiento de los víveres; pero aunque los víveres abaraten por medidas como la adoptada por el Municipio vallisoletano, tampoco se remediaría la crisis. «¿De qué nos sirve que nos deis el pan barato si carecemos de trabajo y, por consiguiente, de dinero para comprarlo?», exclamaban con lógica los amotinados de Valladolid. Esto no quiere decir que las medidas conducentes al abaratamiento de las subsistencias sean ineficaces. Todo lo contrario; pero debemos ir á lo fundamental del problema, y lo fundamental es la falta de trabajo.

Una de las causas, la principal, si no la única, de esta falta de trabajo, la hemos evidenciado repeli-

das veces. Nuestro sistema fiscal abruma de tal modo a las clases productoras; que impide el desarrollo nacional. Dias pasados venia á demostrar este aserto, de modo conveniente, una estadística del Crédito Industrial Gijonés. Con el actual número y cuantía de los tributos es imposible que progresen ni la industria, ni el trafico, ni la agricultura. Los capitalistas prefieren paralizar sus fondos en las cuentas corrientes de los Bancos.

Pues bien: este régimen fiscal se ha creado al organizar el Sr. Villaverde los famosos presupuestos de 1899. Y no quiere significar esto que nosotros condenemos su obra. Entonces se trataba de salvar el crédito del Estado, comprometido por los desastres coloniales; se trataba de salvarlo a todo trance, y el señor Villaverde se vió obligado á arbitrar recursos, llegando hasta la exacción tributaria, si fuere preciso, como lo era, dada la irregularidad característica de nuestros organismos recaudadores.

Pero toda obra tiene su tiempo de ser oportuna. Lo hecho en 1899 estaba bien. Aquellos eran presupuestos de nivelación, como su autor los ha calificado acertadamente. Solo que en lugar de proceder metódicamente a la rebaja de gastos, simplificación de servicios y modificaciones conducentes a no abogar en germen la general riqueza, se ha ido agravando aquella obra hasta llegar á términos inconciliables con la existencia misma de las industrias.

De pronto no se conocieron los efectos de este régimen fiscal, porque con la repatriación, y después de ella, entraron en la Península capitales cuya cuantía excedió de mil millones de pesetas. Estos capitales, invertidos en las Empresas nuevas que se constituyeron en los años 1899, 1900 y principios de 1901, y en las grandes obras de edificación emprendidas en ese

tiempo, dieron trabajo á centenares de miles de obreros.

Pero la crisis financiera-industrial de 1901 marcó el término de aquel auge, en cierto modo artificial.

Todos aquellos capitales han ido pasando a las arcas del Tesoro y distribuyéndose por los capítulos del personal y de los cupones de la Deuda. Muchas de las Empresas han fracasado, atraviesan otras un estado precario, los obreros reconcentrados en las ciudades carecen de trabajo, y es llegado, por último, el momento en que nuestras clases gobernantes han de estudiar el problema de frente, para tratar de resolverlo con firmeza y unidad de propósitos, ó sucesos como los de Valladolid van a reproducirse donde quiera, y cada día con mayor gravedad.

Obsérvese que decimos «nuestras clases gobernantes», y no «el Gobierno». Y es que suele olvidarse demasiado a menudo que en nuestro régimen no gobierna solamente el Gabinete, sino que gobiernan los partidos todos, mayorías y minorías. Se ha dado el caso de que un solo senador ha bastado para obstruir y evitar al cabo la aprobación de una ley volada ya por el Congreso. ¿No sería injusto encomendar al Gobierno lo que ha de ser, lo que debe ser, para su mayor fecundidad, obra de todos, puesto que el mal afecta a todo el organismo?

La obra que ha de emprenderse es enorme. Consiste, sencillamente en ir á la reforma de nuestro régimen fiscal en forma que permita la existencia y el desarrollo de nuestras fuentes productoras, único camino positivo para evitar sucesos como los de Valladolid. Es éste un pensamiento en el que pueden y deben estar conformes todos los partidos políticos, puesto que, al fin y al cabo, todos estan interesados en la obra, ya que si las multitudes hambrientas saquean

almacenes, no han de fijarse en el color político de sus propietarios.

Bueno que, por de pronto, los Gobiernos aseguren el orden público y dicten aquellas medidas que pueden remediar momentáneamente la miseria de las familias obreras sin trabajo. Todos estamos en esto de acuerdo. ¿Será imposible que los partidos lleguen también á aunar sus voluntades sobre aquellas otras medidas de mayor trascendencia que deban afrontar el problema con proposito de solucionarlo, en lo posible, no ya para días si no para años? ¿Podrá más la ambición particular que el interés común?

Tengan en cuenta los partidos políticos que les va mucho en ello (España).

UNA FIRMA

En el Album de Visitas del Santo Hospital de Caridad, ha escrito el Sr. Obispo de esta diócesis, el siguiente recuerdo:

«Grande fué Cartagena, cuando las naciones más cultas del mundo se disputaron por siglos su posesión. Fué más grande aún cuando el Evangelio la convirtió en privilegiada cuna de los Cuatro Santos. Pero es incomparablemente más grande y gloriosa, desde que la Santísima Virgen de la Caridad asentó en ella su trono para convertirla por su maravilloso Hospital en Ciudad Reina de la Caridad. Radicavi in populo honorificato.

Santa Visita Pastoral de Cartagena y Marzo 11 de 1904.—Vicente, Obispo de Cartagena.»

EN EL SANATORIO

Hemos recibido la visita de una familia agradecida á la pericia, buena voluntad y fortuna del hábil operador D. Juan Julián Oliva.

Ayer, dicho señor, valiéndose de los rayos X para conocer el sitio en que estaba alojada, extrajo una moneda que seis días antes se había tragado una niña de tres años.

En los primeros instantes creyó el señor Oliva necesaria una peligrosa operación quirúrgica; pero ante el temor de que la niña no pudiera resistirla, decidióse á prescindir de ella y valiéndose de un aparato inventado de momento, con el auxilio de los rayos para ver la moneda y el efecto que el aparato producía, consiguió lo que se proponía, es decir extraer el perro chico que se había tragado la niña y que amenazaba asfixiarla.

El cuadro fué verdaderamente emocionante. Una niña sujeta por seis hombres; debatiéndose por el dolor y por la asfixia; unos padres espantados al ver cernerse sobre ellos la desgracia de perder un hijo de manera desastrosa y el operador luchando valientemente con la fé que pelea el soldado por desalojar al enemigo.

Ante el feliz éxito de la cruenta operación, la tensión de los espíritus se tradujo en lágrimas de gratitud que aún asomaban hoy á los ojos de los padres de la niña, al pedirnos que hiciésemos público el hecho y reiteráramos en su nombre el testimonio de su eterna gratitud á D. Juan J. Oliva.

Cumplimos gustosos el encargo, doblemente por tratarse de un amigo tan querido y con el agradecimiento de los padres de la niña le enviamos nuestra felicitación.

GATO POR LIEBRE

El conejo que según algunos zoólogos callejeros es un ratón del tamaño de un gato, ha tenido el honor de hacer genitil estos días las premas oficiales, á consecuencia, según parece, de cierta moción presentada por la respetable Asociación general de Cazadores de España, solicitando se aclararan algunos puntos oscuros relacionados con tan simpático como popular roedor.

¿Quién no ha pasado alguna vez la mano por el lomo á un conejo cautivo?

Aquella cabecita chiquitina, con ojos saltones y orejas largas; aquel arco vertebral tan pronunciado, aquel rabito tan rudimentario, han inspirado siempre extraordinaria atracción á las gentes de sentimientos delicados.

Tímido por naturaleza, medroso de condición, el conejo de todo se asusta y siempre está pensando en la madriguera.

En cuanto se aparta demasiado de ella, corre grandes peligros, y por eso corre, pere siempre cuesta arriba, para lo cual le

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 382

LOS BANDIDOS INDIOS

384

sufrir mi cañada. Agradece á Dios que no os haya tenido en aquel momento al alcance de mi mano, porque, por el cielo que me oye os hubiera aplastado como á una víbora.

ba vuestro nombre. Con este cobarde silencio habeis autorizado, habeis dado fuerza á la calumnia... ¡Ah! ¡si yo lo hubiera sabido todo antes!... Pero no... Vuestra esposa y la mia estaban de acuerdo para engañarme.

Por otra parte, Carolina tampoco lo sabe todo. ¡Pobre Cecilia! Yo veia sus sufrimientos y empezaba á notar su decaimiento. En mi ceguedad lo atribuía al arrepentimiento de alguna gran falta.

¡Cuántas veces me he encontrado duro y severo con esta pobre criatura; yo que le debía mi felicidad, que ella había comprado al precio de la suya, al precio de su honor.

Dias pasados mi esposa recibió una carta en la que se le anunciaba vuestra partida para Inglaterra. Carolina en su dolor no ha podido ocultarme las inquietudes que tenia al pensar que su hermana iba á encontrarse sola con vos sin apoyo y sin refugio.

Una vez conocido el principio quise también saber el fin. Carolina me ha dicho cuanto sabía; presnti algunas otras infamias, y he corrido á Allahabad.

Aquí he sabido por que os han obligado á vender vuestro empleo vuestros compañeros de armas. He buccado á vuestro antiguo khinsummah; le he colmado de rupias y me ha revelado todos los misterios de vuestra casa y todas las pruebas que ha tenido que



LXIV

Mucho tiempo hacia que había oído hablar de vuestros desórdenes y de vuestra escandalosa conducta. Sabía también, pero solamente por el rumor público que, bajo mas de un concepto, mi cañada podía quejarse de vos. Como soy el único pariente de Cecilia, era mi derecho y mi deber velar por ella. Sin embargo, hasta ahora no os he hecho ninguna observación.